

del desconocido visitante de aquella misteriosa casa, que como hemos dicho se habia dejado caer con desenfado sobre un sofá, porque despues de haber recorrido con miradas oblicuas toda la habitacion, inclinó su cabeza sobre el pecho y pareció hundirse en una profunda reflexion.

Ahora que ya ha bajado el emboce que velaba su rostro, examinémosle con detencion.

Era un hombre que representaba tener mas de treinta años, aunque en su rostro se leian los signos de una vejez precoz por los vicios ó por los pesares. Su tez era estremadamente pálida; pero con esa palidez livida que da miedo, porque se parece mucho á la palidez del crimen ó de los remordimientos; sus ojos pequeños sombreados por un círculo amaritado, despedian un brillo fosfórico como los de un tigre y lanzaban una mirada obliqua como los de una hiena, su nariz recta, algo ensanchada hacia su estremidad indicaba segun los fisonomistas célebres, una propension marcada al disimulo, sus lábios delgados y blancos parecian una simple incision hecha en el rostro, sus pómulos salientes, y las protuberancias marcadas de su cabeza revelaban la astucia y la lujuria. Coronaba aquel rostro disimulado, una cabellera poco abundante de color rubio casi rojo, formando ese peinado peculiar á la Carlos V, y una barba escasa del mismo color. El conjunto de aquella fisonomía, que si no era hermosa tampoco podia llamarse fea, presentaba un aspecto repugnante y desagradable de contemplar, acaso porque en ella se leia á primera vista la fealdad moral. Sus formas eran robustas y elegantes, su estatura elevada. Vestia el traje de la época; pero con un lujo y esmero esquisitos; que revelaban ó su cuna distinguida, ó sus numerosos bienes de fortuna.

Cerca de diez minutos habian trascurrido desde su llegada, cuando la puerta vidriera que daba á las habitaciones interiores de la casa, se abrió silenciosamente, dando paso á una nueva persona que la volvió á cerrar con precaucion.

Al leve ruido que produjo la vidriera al girar sobre sus goznes, y al de los pasos de la persona que se acercaba, alzó el caballero la cabeza, que segun hemos dicho, habia inclinado sobre su pecho, sumergido en una profunda meditacion.

La persona que se acercaba era una mujer.

Cualquiera otro que el preocupado caballero, tal vez demasiado acostumbrado á verla, habria lanzado un grito de admiracion y sorpresa al contemplar aquella mujer.

Era en efecto una mujer; pero una de esas mujeres hermosísimas á quienes es fuerza amar con fiebre al contemplarlas solamente, una de esas mujeres en quienes la combinacion física y moral, produce una especie de *ángeles-demonios*, capaces de trastornar la cabeza de mas sana razon, y de hacer condenar al filósofo mas severo y mas desengañado, con solo una mirada.

Hay en la tierra una especie de hermosura, que exige ser estudiada con detenimiento, ó comparada con el alma para ser considerada como tal; pero hay otra que es tan incontestable como la luz y que no permite ser estudiada á sangre fria, porque su contemplacion es ya el amor.

La primera es mas comun porque es relativa y muchas veces se forma sin existir físicamente: la segunda es muy rara, porque es enteramente absoluta y no se forma, sino que existe.

La primera consiste en la regularidad de las formas ó en la simpatía y puede ser negada por algunos; pero la segunda sin consistir en nada, no se puede negar porque es un hecho.

¿En qué consiste esto? En nada, tal vez es una fábula; pero es una fábula muy bella, que hace creer en la verdad.

De esta última clase de hermosura era la de la mujer que acababa de presentarse en el suntuoso salon de la calle de Capuchinas.

Era una jóven que representaba tener de veinte á veintidos años á lo mas; la suave blancura de su tez, el brillo de sus divinos ojos, el dulce castaño de sus cabellos, el gracioso corte de su rostro, la pequenez de su rosada boca, formaban una fisonomía imposible de describir por detalles, una de esas fisonomías de reina, que enloquecen al contemplarlas: lanzaba miradas, que hacian caer de rodillas á sus plantas, para suplicar se volbiesen á lanzar; reposaba aquella cabeza artística sobre un cuello blanquísimo, con ese blanco particular que toma la nieve de los volcanes á la proximacion del crecúspulo, cuando el sol no la dorá

ya con sus rayos: sus manos parecían una de las muestras de escultura que presentó Benvenuto Cellini al rey Francisco I.

Andaba con una oscilación tan magestuosa y tan suave al mismo tiempo, como la que toman á impulsos de los vientos, las anchas hojas de los cañaverales del valle de México, su cintura era tan estrecha que se hubiera podido abarcar fácilmente con solo las manos, si aquella hermosísima y orgullosa jóven hubiera permitido que algun mortal fuese tan dichoso para tocarla de esa manera. En efecto, á primera vista se leía en aquel sublime rostro una expresión de orgullo y altivez, que le daba un sello particular, muy semejante al de la estatua de la diosa Juno. Su lábio superior algo grueso y ligeramente vuelto hácia arriba, formaba esa sonrisa de desden peculiar á todos los nobles vástagos de la casa de Austria.

Vestia un lujoso traje de terciopelo escarlata, de corpiño estrecho y escotado por delante, según la moda ya en esta época pasada de la libertina corte del libertino Luis XV; pero velaba lo que la vista hubiera deseado penetrar, una especie de pañoleta de red de plata muy tupida, salpicada de perlas pequeñas, muy semejante á la que poco tiempo antes habían usado en Francia las damas del efímero imperio. En vez de llevar el vestido alto, que permitía ver los pies como lo llevaban las señoras de la corte americana, lo dejaba arrastrar por el suelo tanto ó acaso más de lo que hoy le dejan las damas de nuestras capitales: como complemento de aquel traje, se suspendía á su hermoso desnudo brazo por medio de un anillo de oro, un abanico finísimo de concha y leves plumas con armiño blanco.

Cualquiera al haberla visto en su casa con este lujoso traje de baile ó de corte, habría pensado que la bella jóven se había vestido así para esperar al caballero visitante, á fin de desplegar ante su vista todo el brillo de su magnífica hermosura.

Este al verla se puso de pié y por mucha que fuera la costumbre que tenía de contemplarla ó por mucho que los placeres hubiesen saciado su corazón, no pudo reprimir un movimiento de admiración: su cara naturalmente pálida se coloreó hácia los pómulos por la emoción, sus labios se entreabrieron por una son-

fisa infernal y sus ojos al clavarse un instante en aquel rostro y aquel seno de alabastro, lanzaron una chispeante mirada de pasión y de deseos.

Pero pudo tal vez ocultar su emoción á la dama, porque se inclinó respetuosamente, haciéndose á un lado para que pasara al sofá.

Esta después de haberse sentado le hizo seña de hacer lo mismo.

El caballero acercó al sofá un sillón y se sentó.

Los dos se miraron fijamente á la cara antes de hablarse.

Cualquiera al haber observado la expresión de sus fisonomías, hubiera creído desde luego que aquella no era una simple visita en que se iban á tratar asuntos indiferentes y diversos, sino que se iba á entablar una lucha entre la bella señora y el respetuoso caballero.

Al cabo de un momento, rompió éste el silencio, diciendo con un acento de amor y adulación.

—Me habeis mandado llamar, doña Regina, y me he apresurado á obedeceros.

—Os hecho venir, don Juan, porque tenemos que hablar de asuntos importantes, dijo á su vez la dama, con una voz argentina y vibradora, cuya dulzura estaba sin embargo un tanto templada por un acento de imperio y orgullo.

—Hablemos pues, doña Regina, pero antes permitidme que os acompañe en el justo duelo que desde hace pocos días os agobia por la sentida muerte de vuestro hermano, continuó el caballero, procurando dar á su rostro naturalmente impasible una expresión de aflicción que no experimentaba.

—¡Ah! ¿lo sabiais ya? exclamó la dama, lijera y conmovida.

—¿Dejo yo acaso de saber alguna vez las cosas que tienen relación con voz? señora.

—Mil gracias, don Juan.

—¡Oh! bien sabeis que no os lo digo para que me deis las gracias. Pluguiera al cielo, doña Regina, que no me interesase tanto lo que á vos atañe.

—No se trata ahora de eso, don Juan, dijo la jóven sin poder

reprimir un movimiento de impaciencia; pero despues conociendo tal vez que este habia sido muy marcado, se apresuró á disminuir su intensidad, diciendo con la mas voz dulce que pudo al caballero.

—No se trata de eso, mucho agradezco vuestro amor; pero aún no me atrevo á creer en él y por consiguiente no hablemos mas de ello.

—¿No creis en él, doña Regina, no creis en él, y por seguiros á América, he abandonado patria, amigos, hogar, fortuna, cuanto amaba, en fin, fuera de vos sobre la tierra? dijo don Juan con acento de pasion, animado y casi ennoblecido su rostro por el fuego del amor.

—¿Y no se podria hacer todo eso por un capricho de amor propio? preguntó doña Regina, con su particular sonrisa de desden.

—¿Por un capricho de amor propio, se sufren acaso las humillaciones de una mujer tan altiva como vos? ¿por un capricho de amor propio, se abandonan todas las dulzuras de las distinciones de la nobleza, para correr detrás de vos á América, como uno de tantos aventureros oscuros que la España arroja á este infernal país? Vos doña Regina, que sabeis perfectamente quien soy y el título que llevo, vos que me habeis visto en otros dias en España, grande, poderoso, considerado, y hoy me veis aquí humillado, despreciado, confundido entre la turba que ignora mi nombre; sois ciertamente la que teneis menos derecho á espresáros así.

—Veó, que ponderais demasiado el sacrificio ¿creeisme acaso tan poco digna de todo eso que acabais de decir, don Juan?

—No doña Regina, por comprar vuestro amor de un momento, me dejaria morir gustoso; pero, os diré tambien, ¿creis acaso, que vuestro desden merezca tantos sacrificios?

—Veó, don Juan, que nos desviamos del objeto, porque pienso que no creereis que os he llamado, para que digais lo mismo que inútilmente me habeis dicho tantas veces, dijo la cortesana con reconcentrada espresion de altivez.

Don Juan dió un saltó al oír tan injuriosas palabras y mirando á doña Regina con terribles muestras de cólera y orgullo ofendido, le dijo con tono imperativo.

—No lo creo así, doña Regina; pero me place que hablemos de ello y siempre de ello.

—Hablemos, pues, de ello, si os place; os concedo un cuarto de hora para esta conversacion; pero con la condicion que despues me consagrareis el tiempo necesario, para tratar del negocio á que os he llamado.

—Sea como quereis; pero en ese cuarto de hora vais á escuchar mi resolucion definitivamente, al saber lo que por vos he sufrido, dijo don Juan con una voz que á cualquiera otra que á la bella señora, hubiera causado terror; pero ella solo murmuró con indiferencia.

—Sed, pues, breve, en vuestra narracion.

—Bien sabeis doña Regina, continuó don Juan, cual ha sido mi vida antes que os viese por la primera vez: Con un nombre distinguido, con inmensos bienes de fortuna, no recuerdo que alguna vez haya dejado de gozar lo que desee, la sociedad me hastió á los veinticinco años, porque de orjía en orjía, de seducion en seducion, ni pude imaginarme que hubiese mujer que me resistiera y al verlas tan fáciles y tan á mi alcance me fastidiaron completamente. Pero una noche ¿os acordais señora? pronto hará cuatro años, fui invitado á un sarao, en el palacio del conde de la Ensenada; con mi desencanto crónico me dirigí á él, porque el baron era uno de mis amigos de prostitucion y orjías, á quien habia prometido acompañarle siempre en ellas. Legué; el sarao habia comenzado, lo mas granado de la corte se encontraba en él; me deje caer en un sofá, porque una gran parte de aquellas damas, habian sido mis pasatiempos de juventud y á todas casi les habia dejado recuerdos mas ó menos vivos: Sin querer oí una conversacion bastante animada, que llevaban junto á mi dos de esas viejas damas que asisten á las fiestas, para cuidar de las jóvenes, ó para beber en la fuente de la chismografía.

—¿No la habeis visto? doña Estrella, decia una de aquellas señoras á su interlocutora.

—Por mas que lo he intentado no he podido conseguirlo, porque la rodea una turba de aduladores.

—¡Oh! es muy hermosa, por cierto nunca había yo visto una mujer tan bella.

—¿Y esta noche es la primera que se presenta en la corte?

—Hace solo una semana que ha llegado de Francia, y dice que es descendiente de la noble casa de Austria.

—¿Pero quién la acompaña?

—Nadie, vive enteramente sola con sus criados en un elegante palacio de la calle de Alcalá. Pero vedla, presisamente en este momento danza con el conde de la Ensenada.

—Volví la vista por una simple curiosidad y os ví, señora.

Don Juan, se interrumpió llevando su pañuelo á su frente inundada de sudor y al cabo de un momento continuó.

—Os ví, con vuestra hermosura de reina, que ni jamas pude imaginarme que existiera, con vuestro aire de orgullo: Vestiais un traje muy semejante al que ahora llevais precisamente.

No se que pasó por mi al contemplaros tan seductora, todos mis planes de indiferencia se desvanecieron á vuestra vista y senti que un vértigo extraño se apoderaba de todo mi sér.

Os seguí con interés mientras danzábais y luego que la pieza que bailabais con el de Ensenada hubo concluido, supliqué á éste me presentase con vos, para solicitar igual favor: me lo concedisteis en atencion al título que llevaba y esperé con impaciencia que la música preludiara la pieza prometida, ese instante llegó y me confundí con vos en el torbellino de parejas: el fuego de vuestros ojos quemó mi corazon, el contacto de vuestra mano magnetizó mi sér, la música de vuestra voz fué á encontrar un eco en mi alma. Cuando salí de allí ya yo os idolatraba, y estaba delirando por vos.

Ya sabeis despues lo que ha pasado, doña Regina, solicité ser presentado en vuestra casa y me recibisteis con frialdad, os revelé mi pasion y me respondisteis sin conmoveros que habiendo dejado en Francia unos amores de corazon, habiais resuelto no amar á nadie, ni casaros jamás: continué mis visitas porque me era imposible vivir sin veros y porque esperaba ablandar vuestros rigores con mi constancia; pero me obligásteis con desaires que ni un hombre de la hez del pueblo hubiera soportado, á no volver á repetir las; pero os seguí como sombra donde quiera que

fuísteis, maté á un hombre en un duelo y herí á otro, solo porque el primero se habia atrevido á seguiros y el segundo se habia permitido espresiones injuriosas acerca de vuestra conducta en Francia. Tuve que vivir oculto para huir de la justicia; pero sabiendo todo lo que ostocaba por mis agentes. Un dia supe que dejábais la España para venir á América á uniros con un hermano que amábais, el único pariente que os quedaba en el mundo y me embarqué en Cádiz para seguiros. Ha seis meses que vivo en este país, oscuro, medio arruinado, respectivamente á lo que poseia en mi patria y tan y despreciado pór vos como allá.

Ahora, sabed finalmente, señora, la postrera resolucion que ayer precisamente he tomado con respecto á vos, y oidla bien, doña Regina, porque acaso os interese mas de lo que pensais, exclamó el castellano con acento de profunda firmeza.

Perdido ya para todo, fuera de vos en el mundo: dentro de tres meses habeis de ser mia de grado ó por fuerza, de grado ó por fuerza, ¿lo comprendeis? Hoy ya no tengo amor por vos, hoy lo que tengo es frenesí, son brutales deseos de poseeros, gozar de vuestra hermosura y morir despues: porque, á vos sola os lo digo como se lo diria á mi confesor, odio la vida, aborrezco á los hombres, sus glorias y sus y placeres me hastían, necesito para no morir me las fuertes emociones; quisiera tener remordimientos, y procuro hacer todo el mal que puedo.

Y al decir estas palabras, el pálido caballero se erguia amenazador y horrible de contemplar.

—¿Habeis acabado ya? preguntó con indiferencia doña Regina.

—Creo que no tengo mas que añadir que ya no sepais, respondió don Juan.

—Pues oidme solo dos palabras que voy á deciros, señor don Juan de Enriquez, no es necesario decir mas, ni disimular mi oculto pensamiento, porque vos le comprenderiais al momento; pero nosotros conociendonos tanto debemos manifestarnos el uno al otro tal como somos realmente sin temor.

—Ya os escucho, señora.

—Don Juan, yo estoy tan fastidiada como vos ó mas de la vida.

- Lo conozco, doña Regina.
- Como vos, aborrezco á los hombres y me complazco en hacerles todo el mal que puedo.
- En mí lo estoy experimentando.
- Yo amaba en Francia con todo mi corazón á un hombre, y ese hombre fué muerto por opiniones políticas.
- Lo sé perfectamente, doña Regina, era el conde de....
- No es necesario que digais su nombre.
- Le mató un hombre del pueblo, un hombre de la familia de Marat y Robespierre.
- Mas tarde nos acordaremos de eso, don Juan.
- Sea, doña Regina.
- Vuestra tenaz persecucion ha agriado mas mi carácter y me ha hecho de peor condicion de lo que era en Francia.
- Tambien lo adivino.
- Desciendo de una casa muy noble.
- De la del Austria nada menos, y sois parienta de la decapitada reina María Antonieta.
- Sí, casi todos mis descendientes han muerto á manos del pueblo.
- Es cierto.
- El hombre que amaba ha sido asesinado por ese pueblo, solo porque llevaba el título de baron y su padre habia sido enemigo de Marat que tambien le asesinó.
- Pero ese jóven, habia seducido á una hija del pueblo abandonándola despues, y su padre la vengó.
- ¿Tiene acaso el pueblo derecho para vengarse de las afrentas de los nobles?
- No le tiene, señora, el pueblo debe sufrir y resignarse, para eso ha nacido miserable y abyecto.
- Un hermano que me quedaba, el único ser que amaba yo sobre la tierra, ha sido asesinado hace pocos dias en Guanajuato por ese mismo pueblo.
- Sí, por esos miserables indios que acaudilla ese cura Hidalgo, que pretende hacer independiente este país de la corona de España.
- Muerto mi hermano, han muerto mis últimos buenos ins-

- tintos y de sus ruinas se ha levantado un sentimiento dominador, terrible.
- ¿Puedo saber cuál es?
- La venganza.
- El mismo que me avasalla.
- Tal vez llegaria á amar al hombre que me la proporcionase, ó al menos á admitir su amor.
- Gracias, doña Regina, creo que nos hemos comprendido por fin.
- Sí, porque vos tambien aborreceis al pueblo tanto como yo. Y los dos personajes se irguieron terribles y amenazadores, permaneciendo un momento en silencio.